

les obligaban á soportar, deseando unirse á aquellas otras jóvenes que, libres y contentas, afluían á los cursos de la Universidad. La contienda duró varios años; los padres no cedían en lo más mínimo, y el resultado fué que la mayor se envenenó, debido á lo cual, se permitió á la otra que siguiera sus propias inclinaciones.

En la inmediata, en que mi familia había vivido un año, cuando entré en ella con Tchaykóusky, para celebrar allí la primera reunión secreta de un círculo que fundamos en Moscou, en el acto reconocí las habitaciones, en las que por todas partes hallaba recuerdos de mi infancia y rastros de una atmósfera tan distinta de la actual. Ahora pertenecía á la familia de Natalia Armfeld; esa simpática «confinada» de Kará, á quien Jorge Kennan ha descrito con tanta delicadeza en su libro sobre Siberia. Y en otra casa próxima á aquella en que mi padre había muerto, á los pocos meses de tan triste acontecimiento, recibía yo á Stepniak, vestido de campesino, que se había escapado de una aldea donde fué detenido por propagar ideas socialistas entre los agricultores.

Tales eran los cambios que el barrio de los Viejos Caballerizos había experimentado durante los últimos quince años: la postrer trinchera de la antigua nobleza era invadida por las nuevas ideas.

#### VIII.

El año siguiente, al empezar la primavera, hice mi primer viaje á la Europa occidental. Al cruzar la frontera rusa, experimenté lo que todo ruso siente al dejar á la madre patria. Mientras que el tren corre por territorio ruso, á través de las poco pobladas provincias, parece como si se caminara por un desierto; centenares de kilómetros están cubiertos de monte bajo que apenas merece el nombre de bosque; aquí y allá, la vista descubre una pequeña y pobre aldea enterrada entre la nieve, ó un camino vecinal impracticable, estrecho y cenagoso. De pronto, todo cambia, tan luego como el tren penetra en Prusia, con sus limpios pueblos y granjas, sus huertas y sus buenas carreteras, haciéndose el contraste cada vez mayor, á medida que se penetra en Alemania; hasta el triste Berlín parece animado, si se le compara con nuestras ciudades rusas.

¡Y qué diferencia de clima! Dos días antes había dejado á San Petersburgo densamente cubierto de nieve, y ahora, en el centro de Alemania, andaba sin sobretodo por los andenes del ferrocarril, en una atmósfera templada, admirando las plantas que empezaban á florecer. Después vino el Rhin, y más adelante Suiza, bañada por los rayos de un hermoso sol, con sus pequeños y curiosos hoteles, donde se sirvió el almuerzo al aire libre, á la vista de las montañas cubiertas por la nieve. Hasta ese momento, jamás me había hecho completamente cargo de lo que significa la posición Norte de Rusia, y de qué modo su historia ha sido afectada por el hecho de que sus centros principales hayan tenido que desarrollarse en altas latitudes, tan al Norte como las orillas del golfo de Finlandia; sólo entonces pude comprender bien la irresistible atracción que las tierras del Sur han ejercido en los rusos, los esfuerzos colosales que han hecho para llegar al mar Negro, y la

constante presión de los colonos siberianos hacia el Sur, avanzando más en la Manchuria.

\* \* \*

En aquella época Zurich estaba llena de estudiantes rusos de ambos sexos; la famosa Oberstras, cerca de la escuela politécnica, puede decirse que era una parte de Rusia, donde se hablaba su lengua mucho más que todas las otras. Los estudiantes vivían, como lo hacen la mayoría de los de Rusia, en particular las mujeres, con muy poco: pan y te, alguna leche y un pedacito de carne preparada sobre una lámpara de espíritu de vino, entre animadas discusiones sobre las más recientes noticias del mundo socialista, ó respecto al último libro leído, era su alimento ordinario. Los que contaban con más recursos que los necesarios para vivir de aquella manera, lo daban para la causa común: la biblioteca, la Revista rusa que se iba á publicar, y la ayuda prestada á la prensa obrera del país. En cuanto al vestido, la más estricta economía se observaba en tal dirección. Pushkin ha escrito en un verso muy conocido: «¿Qué no sentará bien á los dieciséis años?» Y nuestras jóvenes residentes en Zurich parecían resueltas á lanzar esta interrogación á los habitantes de la antigua ciudad: «¿Puede haber un traje, por sencillo que sea, que no le caiga bien á una joven, cuando, además de los pocos años, es inteligente y llena de energía?»

De este modo, la pequeña y activa comunidad trabajó mucho más de lo que nunca lo han hecho los estudiantes desde que las Universidades existen, y los catedráticos de dicha ciudad no se cansaban jamás de mostrar el progreso realizado por las mujeres en la Universidad, á fin de que sirviera de ejemplo á los varones.

\* \* \*

Durante muchos años había yo anhelado conocer detalladamente todo lo que se refería á la Asociación Internacional de Trabajadores; los periódicos rusos aludían á ella con frecuencia en sus columnas, pero no se les permitía hablar de sus principios ni del trabajo que efectuaba; yo presentía que debía ser un movimiento de importancia, lleno de porvenir; pero no podía apreciar bien sus aspiraciones y tendencias y ahora, que estaba en Suiza, determiné satisfacer mis deseos.

La Asociación se hallaba entonces en la cúspide de su desarrollo. Grandes esperanzas se habían despertado en los años que mediaron del 40 al 48 en el corazón de los trabajadores europeos; sólo ahora empezamos á comprender la formidable cantidad de literatura socialista que se puso en circulación en aquellos años por los partidarios de estas ideas, de todas las denominaciones, socialistas cristianos, socialistas de estado, furieristas, sansimonianos, owenistas y otros; y sólo actualmente comenzamos á apreciar la profundidad de este movimiento, al descubrir hasta qué punto mucho de lo que nuestra generación ha considerado como el producto de un trabajo intelectual contemporáneo, estaba ya desarrollado y dicho — á menudo con más penetración — durante aquellos años. Los republicanos entendían entonces bajo el nombre de

« república » algo muy distinto de la organización democrática del gobierno capitalista que ahora se conoce con ese nombre. Cuando hablaban de los Estados Unidos de Europa, entendían por ello la fraternidad de los trabajadores, las armas é instrumentos de guerra convertidos en herramientas de trabajo, que deberían ser manejadas por todos los miembros de la sociedad en beneficio de la masa entera; « el hierro vuelve al trabajador », como decía Pierre Dupont en uno de sus cantos. No sólo significaban tales ideas el reinado de la igualdad en lo referente al derecho penal y político, sino en particular la igualdad económica también. Los mismos nacionalistas vieron en sus ensueños á la Joven Italia, á la Joven Alemania y á la Joven Hungría tomar la iniciativa en radicales reformas agrarias y económicas.

La derrota de la insurrección de Junio en París, la de Hungría por los ejércitos de Nicolás I, y la de Italia por los franceses y austriacos, y la espantosa reacción política é intelectual que siguió por todas partes en Europa, destruyó totalmente aquel movimiento; su literatura, sus obras, sus mismos principios de revolución económica y fraternidad universal, fueron completamente olvidados, perdidos, durante los veinte años posteriores.

Sin embargo, una idea ha sobrevivido; la de una hermandad internacional de todos los trabajadores que unos pocos emigrados franceses continuaron propagando en los Estados Unidos, y los partidarios de Roberto Owen en Inglaterra. La inteligencia á que se llegó por algunos trabajadores ingleses y unos cuantos franceses que fueron como delegados á la Exposición internacional de Londres de 1862, vino á ser el punto de partida de un formidable movimiento, que pronto se esparció por toda Europa, incluyendo varios millones de trabajadores. Las esperanzas que habían estado adormecidas durante veinte años, se despertaron una vez más, cuando se llamó á los trabajadores á que se unieran, « sin distinción de creencias, sexo, nacionalidad, raza ó color », para proclamar que « la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos », y echar el peso de una fuerte y unida organización internacional en la evolución del género humano; no en nombre del amor y la caridad, sino en el de la justicia, en el de la fuerza que representa una agrupación de hombres impulsados por un conocimiento razonado de sus propias aspiraciones y deseos.

Dos huelgas ocurridas en París el 68 y el 69, más ó menos sostenidas con pequeños auxilios enviados del exterior, especialmente de Inglaterra, aunque en el fondo eran insignificantes, y las persecuciones que el gobierno imperial francés dirigió contra la Internacional, vinieron á ser el origen de un movimiento inmenso, en el cual se proclamó la solidaridad de los trabajadores de todas las naciones, frente á las rivalidades de los estados: la idea de la unión internacional de todos los oficios, y de la lucha contra el capital, con ayuda del auxilio internacional, arrastraba en pos de sí hasta á los más indiferentes. El movimiento se extendió como un reguero de pólvora en Francia, Italia y España, sacando á luz un gran número de trabajadores inteligentes, activos y abnegados, y atrayendo hacia sí algunos hombres y mujeres, decididamente superiores, procedentes de las clases más cultas y acomodadas. Una fuerza, cuya existencia jamás se había sospechado, cre-

cía cada vez con más rapidez en Europa; y si el movimiento no se hubiera visto detenido en su marcha por la guerra franco-alemana, grandes cosas hubiesen probablemente sucedido en esta parte del mundo, modificando en gran manera el aspecto de nuestra civilización, y acelerando indudablemente el progreso humano. Pero la victoria completa de los alemanes trajo condiciones anormales; detuvo por un cuarto de siglo el desarrollo regular de Francia, y arrojó á toda Europa en un período de militarismo en el que aun vivimos en la época actual.

\* \* \*

Soluciones parciales de todas clases de la gran cuestión social, circulaban profusamente entre los trabajadores: cooperación, asociaciones de producción sostenidas por el estado, Bancos populares, crédito gratuito, y otras cosas de la misma índole. Cada una de estas soluciones era presentada, primero á las secciones de la Asociación, y después á las asambleas de las federaciones locales, comarcales, nacionales, é internacionales, donde se discutían apasionadamente. Cada congreso anual de la Asociación, marcaba un nuevo paso hacia adelante en el desenvolvimiento de ideas relativas al gran problema social, que se levanta ante nuestra generación pidiendo ser solucionado. La cantidad de cosas inteligentes que se dijeron en esas asambleas y congresos, y las ideas científicamente correctas y profundamente pensadas que en ellos circularon — todo obra del trabajo intelectual *colectivo* de los trabajadores — aun no ha sido lo bastante apreciado; pero no hay exajeración en decir que todos los proyectos de reconstrucción social que están ahora en boga, bajo el nombre de « socialismo científico », ó « anarquismo », tuvieron su origen en las discusiones y memorias de los diferentes congresos de la Internacional. Los pocos hombres instruidos que se unieron al movimiento, no hicieron más que dar forma práctica á los juicios y aspiraciones que se habían expresado en las secciones, y posteriormente en los congresos, por los mismos trabajadores.

La guerra del 70 al 71 había entorpecido el desarrollo de la Asociación, pero no lo detuvo: en todos los centros industriales de Suiza existían secciones de la Internacional, numerosas y animadas, y miles de trabajadores acudían á sus mitins, en los que se declaraba la guerra al actual sistema de propiedad privada de la tierra y las fábricas, proclamándose el próximo fin del sistema capitalista. Se celebraron congresos regionales en varios puntos del país, y en todos ellos fueron discutidos los más arduos y difíciles problemas de la presente organización social, con tal conocimiento de causa y tanta profundidad de ideas que alarmaron á la clase media más aún de lo que lo había hecho el número de adherentes que formaban las secciones ó grupos de la Internacional. Las rivalidades y prevenciones que hasta entonces habían existido en Suiza entre los oficios privilegiados (relojeros y plateros) y los comunes (tejedores y otros) que fueron motivo á impedir una acción común en las luchas entre el capital y el trabajo, iban desapareciendo. Los trabajadores afirmaban, cada vez con más insistencia y mayor convencimiento, que de todas las divisiones existentes en la moderna sociedad, la más importante es la que separa á los dueños del capital, de

aquellos que vienen al mundo sin recursos, viéndose condenados á no ser más que productores de una riqueza que sólo disfrutaban los menos.

Italia, especialmente el centro y Norte de la misma, estaba sembrada de grupos y secciones de la Internacional, en los cuales la unidad italiana, por la que tanto se había combatido, era calificada de mera ilusión. Se llamaba á los trabajadores á que hicieran la revolución en provecho propio, á tomar la tierra para los campesinos y las fábricas para los obreros, aboliendo al mismo tiempo la opresiva y centralizada organización del estado, cuya misión histórica fué siempre proteger y mantener la explotación del hombre por el hombre.

En España, una organización semejante se extendía por Cataluña, Valencia y Andalucía, ayudada y sostenida por las potentes uniones de oficios de Barcelona, que ya habían introducido la jornada de ocho horas en los pertenecientes á la construcción de edificios. No bajaban de ochenta mil los miembros de la Internacional que cotizaban regularmente en el país, comprendiendo entre ellos el elemento activo é inteligente de la población, que al negarse á tomar parte en las intrigas políticas durante los años 71 y 72, había conquistado en alto grado las simpatías de las masas. Los trabajos de sus congresos comarcales y nacionales, y los manifiestos que publicaron eran modelos de lógica y severa crítica de lo existente, así como una exposición admirablemente luminosa de los ideales del proletariado.

En Bélgica, Holanda y aun en Portugal, el mismo movimiento se generalizaba, habiendo ya atraído al seno de la asociación el mayor número y los mejores elementos de los mineros de carbón y tejedores belgas. En Inglaterra, las uniones de oficios, á pesar de sus tendencias conservadoras, se habían asociado también al movimiento, al menos en principio, y sin declararse francamente á favor del socialismo, se hallaban dispuestas á sostener á sus hermanos del continente en su lucha contra el capital; sobre todo en las huelgas. En Alemania, los socialistas habían concertado la unión con los numerosos partidarios de Lassalle, fundándose así las bases de un partido socialista democrático: Austria y Hungría seguían igual sendero; y á pesar de no ser entonces posible en Francia ninguna organización internacional, tras la derrota de la Commune y la reacción que vino después (habiéndose promulgado leyes draconianas contra los partidarios de la Asociación), todo el mundo estaba, sin embargo, persuadido de que tal período de represión no sería duradero, y pronto podría Francia volver á ingresar en el movimiento general y ocupar en él un lugar prominente.

Cuando vine á Zurich, entré en una de las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, preguntando á mis amigos rusos dónde podría informarme más detalladamente respecto al gran renacimiento que se operaba en otros países. « Lee », fué su contestación, y mi cuñada, que estaba entonces estudiando allí, me dió un gran número de libros, y colecciones de periódicos que comprendían los dos últimos años; á su lectura dediqué los días y las noches, recibiendo una impresión tan profunda, que no hay nada que pueda borrar; hallándose asociado en mi mente el despertar de un torrente de nuevas ideas, con el recuerdo de un cuartito limpio y aseado en el Oberstrass, desde cuya ventana se veía el lago azul, y en el fondo las montañas

donde pelearon los suizos por su independencia, y las altas torres de la antigua ciudad, teatro de tantas luchas religiosas.

La literatura socialista nunca ha sido rica en libros; dedicada á los trabajadores, para quienes la moneda de cobre es dinero, su fuerza principal estriba en sus pequeños folletos y sus periódicos. Además, el que busca alguna información en los libros respecto á socialismo, encuentra en ellos poco de lo que más necesita. Es verdad que contienen las teorías de los argumentos científicos en favor de las aspiraciones socialistas, pero no dan idea de cómo las aceptan los trabajadores ni de qué modo podrían llevarse á la práctica. No queda otro recurso que tomar colecciones de periódicos y leerlos por completo, lo mismo las noticias que los artículos de fondo, más aún, si cabe, las primeras que los últimos. Un mundo completamente nuevo de relaciones sociales y modos de pensar y de proceder se revela por estas lecturas, que permiten ver el fondo de lo que no puede hallarse en otra parte, esto es, la profundidad y la fuerza moral del movimiento, el grado en que están los hombres imbuidos en las nuevas teorías, y su disposición para obrar de conformidad y sacrificarse por ellas. Toda discusión respecto á la impracticabilidad del socialismo y la necesaria lentitud de la evolución, son de poco valor, porque la velocidad de ésta sólo puede ser juzgada por medio de un profundo conocimiento del ser humano, de cuyo desenvolvimiento nos venimos ocupando. ¿Pero cómo se puede apreciar una suma sin conocer sus componentes?

Mientras más leía, más me hacía cargo de que tenía ante mis ojos un mundo nuevo, desconocido para mí, y totalmente también para los fundadores de teorías socialistas, mundo que sólo podía conocer viéndolo en la Asociación de los Trabajadores y estando en constante contacto con ellos, por cuya razón decidí hacer esa clase de vida un par de meses; mis amigos rusos me animaron, y á los pocos días de estancia en Zurich marché á Ginebra, que entonces era un gran centro del movimiento internacional.

\* \* \*

El lugar donde las secciones de dicha ciudad acostumbraban á reunirse, era el espacioso Templo Masónico; más de dos mil hombres podían reunirse en su gran salón en las asambleas generales, en tanto que todas las noches las secciones de todos los oficios y los comités de las mismas celebraban sus sesiones en las salas laterales, en las que también se daban clases de historia, física, mecánica y otras materias. Allí se proporcionaba enseñanza libre á los trabajadores por los hombres de la clase media, pocos, muy pocos en verdad, que se habían unido al movimiento, y cuya mayoría estaba compuesta de emigrados franceses procedentes de la Commune. Aquello era una Universidad popular, al mismo tiempo que un foro del pueblo.

Uno de los jefes principales del movimiento en el Templo referido, era un ruso llamado Nicolás Ootin, hombre vivo, inteligente y activo; pero el alma de todo era una señora rusa, en extremo simpática, á quien todos los trabajadores conocían con el nombre de Madama Olga, que era la que animaba la sociedad é influía en todas sus determinaciones.

Ambos me recibieron cordialmente, me pusieron en contacto con los hombres más notables de cada sección de oficio, y me invitaron á presenciar las reuniones de éstas. Así lo hice, pero prefería estar solo con los trabajadores mismos; tomando un vaso de vino áspero en una de las mesas del salón, acostumbraba á sentarme allí todas las noches entre los obreros, y pronto entablé amistad con varios de ellos, especialmente con un cantero de Alsacia, que había abandonado á Francia después de la insurrección de la Commune. Este tenía hijos, próximamente de la misma edad de los dos que mi hermano había perdido tan repentinamente algunos meses antes, y por la mediación de aquéllos me puse fácilmente en relaciones con la familia y sus amigos; pudiendo de este modo seguir la agitación desde su mismo fondo, y conocer la manera de apreciarla de los trabajadores.

Estos habían fundado todas sus esperanzas en el movimiento internacional; obreros de todas las edades concurrían al local mencionado, después de su larga jornada de trabajo, á recoger la poca instrucción que podían allí adquirir, ó á escuchar á los oradores, que les prometían un gran porvenir, basado en la posesión en común de todo lo que el hombre necesita para la producción de la riqueza, y en la fraternidad de todos los hombres, sin distinción de casta, raza ó nacionalidad. Todos confiaban que una gran revolución social, fuera ó no pacífica, vendría pronto á cambiar totalmente las condiciones económicas; ninguno deseaba la guerra de clases; pero todos decían que, si los privilegiados la hacían inevitable, á causa de su ciega obstinación, tendría que darse la batalla, con tal de que trajera el bien y la libertad para las explotadas masas.

Se necesita haber vivido entre los trabajadores en aquella época para formarse idea del efecto que el rápido desarrollo de la Asociación produjo en sus imaginaciones, la confianza que en ella depositaron, el amor con que hablaban de la misma y los sacrificios que hicieron en su obsequio. Todos los días, semana tras semana y año tras año, miles de trabajadores daban su tiempo y su dinero, aun pasando necesidades, con objeto de sostener la vida de cada grupo, ayudar á la publicación del periódico, atender á los gastos del congreso y prestar auxilio al compañero que sufría por causa de la organización, no faltando jamás á los mitins y manifestaciones. Otra cosa que me impresionó profundamente fué la influencia que ejerció la Internacional en la elevación de los caracteres; la mayoría de los internacionales casi apenas probaban la bebida, y todos habían renunciado al tabaco. «¿A qué he de mantener, decían, esa debilidad?» Y lo ruin y trivial desaparecía para dejar el paso franco á las grandes y elevadas inspiraciones.

Los extraños nunca comprendían los sacrificios que llevaban á cabo los trabajadores á fin de sostener viva la agitación. No era poco el valor moral que se necesitaba para ingresar públicamente en una sección de la Internacional, desafiando el descontento del patrón y exponiéndose á ser despedido á la primera oportunidad; sufriendo después largos meses sin trabajo, como ocurre con frecuencia. Aun bajo las más favorables condiciones posibles, el pertenecer á una unión de oficio ó á cualquier partido avanzado, exige una serie de no interrumpidos sufrimientos. Hasta los céntimos dados para la causa común imponen

una carga en los pobres ingresos del trabajador europeo, y son muchos los que hay que desembolsar cada semana: la frecuente asistencia á los mitins representa también un sacrificio, pues si para nosotros puede ser un placer el pasar allí un par de horas, para aquellos cuya jornada de trabajo empieza á las cinco ó las seis de la mañana, esas horas hay que robarlas al descanso del día.

En esta abnegación del obrero encontré el mayor de los reproches: vi lo ávido de instrucción que está aquél, y que pocos son, desgraciadamente, los que se hallan dispuestos á dársela; comprendí la necesidad que tienen las masas trabajadoras de ser ayudadas por hombres instruidos y que puedan disponer del tiempo necesario, en sus esfuerzos para extender y desarrollar la organización. ¡Pero que pocos eran los que acudían á prestar su concurso, sin la intención de sacar partido de esta misma impotencia del pueblo! Cada vez fuí más y más conociendo que debía hacer causa común con los desheredados. Dice Stepniak en su *Carrera de un nihilista*, que todo revolucionario tiene cierto momento en su vida en que un acontecimiento, por insignificante que sea, lo ha hecho dedicarse por entero á la causa de la revolución. Conozco ese momento; me he encontrado en él después de una de las asambleas en el Templo Masónico, en cuyo instante sentí con mayor intensidad que nunca la dolorosa impresión causada por la cobardía de los hombres cultos, que vacilan en poner sus conocimientos, su ilustración y su energía al servicio de aquellos que con tanta necesidad la reclaman. «Aquí hay hombres — me decía yo á mí mismo — que tienen conciencia de su esclavitud, y que trabajan por libertarse de ella; ¿pero quién les ayuda? ¿Dónde están los que han de venir á servir á las masas y no á utilizarlas en su provecho?»

Gradualmente, sin embargo, la duda empezó á surgir en mi mente respecto á la importancia de la agitación fomentada en el local referido. Una noche, un abogado muy conocido de Ginebra, el Sr. A., vino á la asamblea, manifestando que si hasta entonces no había entrado á formar parte de la Asociación, era por tener que arreglar antes sus asuntos particulares; pero que, una vez esto terminado, venía á ingresar en el movimiento popular. Tan cínica declaración me produjo un efecto deplorable, y cuando se lo comuniqué á mi amigo el cantero, él me explicó que, habiendo sido derrotado este caballero en las pasadas elecciones, en las que esperaba ser sostenido por el partido radical, confiaba triunfar ahora, gracias al voto de los trabajadores. «Aceptamos los servicios de esas gentes por el momento — dijo en conclusión mi amigo —; pero cuando venga la revolución los arrojaemos todos al agua».

Tras esto, se celebró un gran mitin, convocado precipitadamente, para protestar, según se dijo, contra «las calumnias» del *Journal de Genève*, por haberse atrevido á decir este órgano de las clases conservadoras que algo se tramaba en el Templo Masónico, preparándose los constructores de edificios á hacer otra huelga general como la realizada en el 69. La asamblea, presidida por los jefes, fué numerosa; á ella concurren miles de trabajadores, y Ootin pidió aprobaran una proposición, cuyos términos me parecieron bien extraños; en ella se hacía constar una protesta de indignación contra la suposición inofensiva

de que los obreros iban á declararse en huelga. « ¿ Por qué ha de considerarse eso como una calumnia? — me preguntaba yo á mí mismo. — ¿ Es acaso un crimen el paro? » Ootin, después de un precipitado discurso, terminó diciendo: « si aprobáis, ciudadanos, esta proposición, la enviaré, desde luego, á la prensa »; y ya se disponía á dejar la tribuna, cuando alguien observó que no estaría demás el que se discutiera; y entonces, los representantes de todas las secciones de la Unión de Constructores de Edificios hicieron uso de la palabra sucesivamente, manifestando que los jornales habían bajado tanto en poco tiempo, que casi era imposible vivir sólo con ellos, y que, como con la entrada de la primavera se presentaba bastante trabajo á la vista, pensaban aprovecharse de ello para pedir un aumento, dispuestos á recurrir á la huelga general, en caso de no ser atendidos.

Aquello me disgustó sobremanera, y al siguiente día reproché acaloradamente á Ootin por su conducta. « Como jefe — le dije —, debíais saber que verdaderamente se había tratado algo de la huelga ». Yo, inocentemente, no había sospechado la razón de aquello, siendo necesario que el mismo Ootin me hiciera comprender que una huelga en tales momentos sería desastrosa para la elección del abogado señor A.

No podía conciliar este tira y afloja de los jefes con los fogosos discursos que les había oído pronunciar en la tribuna, lo que me produjo tanta desilusión, que le indiqué á aquél mi intención de ponerme en contacto con otra agrupación de la Asociación Internacional de Ginebra, que era conocida por la bakuniana, porque la palabra « anarquista » no estaba aún muy generalizada. Ootin me dió en el acto cuatro letras de introducción para otro ruso llamado Nicolás Jonkóusky, que pertenecía á ella, y mirándome fijamente á la cara, me dijo suspirando: « Ya no volveréis más á nuestro lado; os quedaréis con ellos ». Y acertó en su pronóstico.

## IX.

Primero fuí á Neuchatel, pasando después una semana ó poco más entre los relojeros de las montañas del Jura; de este modo conocí por primera vez esa famosa Federación del Jura, que durante los primeros años siguientes tan importante papel representó en el desarrollo del socialismo, introduciendo en él el no-gobierno, ó sea la tendencia anarquista.

En el 72, la Federación referida se empezaba á rebelar contra la autoridad del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores. Esta tenía esencialmente un carácter obrero, considerándola así los trabajadores y no como partido político. En el Este de Bélgica, por ejemplo, habían introducido en los estatutos una cláusula, en virtud de la cual nadie que no hiciera un trabajo manual podría pertenecer á las secciones, quedando excluidos hasta los capataces.

Los trabajadores eran, sin embargo, federales en principios; cada nación, cada separada región y hasta cada sección local, debía quedar en libertad de desenvolverse según sus deseos; pero los revolucionarios de la clase media de la antigua escuela, que habían entrado en la Internacional, imbuídos como estaban con la noción de las sociedades secre-

tas centralizadas y organizadas piramidalmente de los pasados tiempos, introdujeron las mismas nociones en la Asociación de los Trabajadores. Además de los consejos federales y nacionales, se nombró uno general con residencia en Londres, destinado á servir como especie de intermediario entre los de las diferentes naciones. Marx y Engels eran los dos inspiradores de éste; pero pronto se cayó en la cuenta de que el mero hecho de tener semejante organismo central se tornaba en fuente de verdaderas dificultades. No contentándose el consejo general con el papel de centro de correspondencia, intentó dirigir el movimiento, aprobando ó censurando los actos, no sólo de las federaciones locales y secciones, sino hasta de los mismos individuos. Cuando empezó en París la insurrección de la Commune — no pudiendo hacer los jefes más que « dejarse ir », sin poder determinar dónde se hallarían á las veinticuatro horas — el consejo general insistió en querer dirigirla desde Londres: pedía partes diarios de los acontecimientos, daba órdenes, favorecía esto ó dificultaba lo otro; poniendo así en evidencia la desventaja de tener un centro directivo, aun dentro de la Asociación. Lo que se hizo más patente, cuando en una conferencia secreta, celebrada en el 71, el consejo general, sostenido por algunos delegados, decidió dirigir las fuerzas de aquélla hacia la agitación electoral, dando esto lugar á que las gentes se echaran á pensar sobre los males de todo gobierno, por democrático que sea su origen. Esta fué la primera chispa del anarquismo, convirtiéndose la Federación del Jura en centro de oposición al consejo general.

\*\*\*

La separación entre jefes y obreros, que yo había notado en Ginebra, en el Templo Masónico, no existía en las montañas del Jura: había allí un cierto número de hombres que eran más inteligentes y en particular más activos que los otros; pero nada más. Jaime Guillaume, una de las personas más ilustradas y cultas que jamás he conocido, era un corrector de pruebas y el encargado de una pequeña imprenta. Siendo tan poco lo que por este concepto ganaba, que tenía que emplear sus noches en traducir novelas del alemán al francés, por las que le pagaban ocho francos por diez y seis páginas!

Cuando llegué á Neuchatel, me dijo que, desgraciadamente, no podía dedicar á hablar con los amigos ni un par de horas siquiera. Aquella tarde se tiraba en dicho establecimiento el primer número de un periódico local, y, además de sus ocupaciones habituales, tuvo que escribir las direcciones de mil sujetos á quienes se habían de enviar los tres primeros números, teniendo que poner él mismo las fajas.

Me ofrecí á ayudarle á escribir aquéllas; pero no fué posible, porque ó eran tomadas de memoria ó estaban escritas en tiras de papel con una letra ininteligible. En vista de lo cual, dije: « Está bien, volveré más tarde, y mientras yo pongo las fajas me dedicaréis el tiempo que os economizáis de ese modo ».

Nos entendimos perfecta y mutuamente. Guillaume me dió un fuerte apretón de manos, y ese fué el principio de una amistad estrecha é inquebrantable. Pasamos toda la prima noche en la imprenta;

él escribiendo las direcciones, yo pegando las fajas, y un comunalista francés, que era cajista, charlando con nosotros, al mismo tiempo que componía una novela, intercalando en la conversación las sentencias que iba levantando y que leía en alta voz.

« La lucha en las calles — decía, por ejemplo — se hizo muy encarnizada »... « Querida María, yo os amo »... « Los trabajadores estaban furiosos y se batieron como leones en Montmartre »... « y cayó de rodillas ante ella »... « y aquello continuó durante cuatro días. Sabiendo que Galifet fusilaba á los prisioneros; lo que dió aspecto más siniestro á la contienda »; continuando de este modo, sin dejar de componer con rapidez.

Ya era bien entrada la noche cuando Guillaume se quitó su blusa de trabajo, y salimos, departiendo amigablemente durante un par de horas, teniendo él después que reanudar el trabajo, como director de *El Boletín* de la Federación del Jura.

En Neuchatel adquirí también relaciones con Malón: había nacido en una aldea, y fué pastor en su juventud; viniendo más tarde á París, donde aprendió un oficio — el de banastero — y, como el encuadernador Varlin y el carpintero Pindy, con quienes estuvo asociado en la Internacional, llegó á ser muy conocido como uno de los jefes de la Asociación, cuando ésta fué perseguida en el 69 por Napoleón III. Todos tres habían conquistado por completo las simpatías de los trabajadores de París, y cuando estalló la insurrección de la Commune fueron elegidos miembros del consejo comunalista por una gran mayoría. Malón fué también alcalde de uno de los barrios de París, y ahora en Suiza se ganaba la vida trabajando en su oficio en un cobertizo, en las afueras de la población, situado en la vertiente de un cerro, que había arrendado por poco dinero, y desde donde podía contemplar, mientras trabajaba, una extensa vista del lago. De noche escribía cartas, un libro sobre la Commune y artículos para la prensa obrera, llegando de ese modo á convertirse en escritor.

Todos los días iba yo á verlo y oír lo que aquel comunalista de ancha faz, algo poeta, laborioso, de carácter pacífico y de corazón excelente, tenía que contarme de la insurrección en que tomó parte preminente, y que acababa de describir en su libro, *La tercera derrota del proletariado francés*.

Una mañana, después de haber subido la cuesta y llegado á su pobre morada, me salió al encuentro radiante de alegría, diciendo: « ¿No sabéis lo que hay? ¡Pindy está vivo! He aquí una carta suya: está en Suiza ». Nada se había sabido de él desde que fué visto la última vez el 25 ó 26 de Mayo en las Tullerías, y se le tenía por muerto, cuando en realidad lo que ocurrió fué que estuvo oculto en París. Y mientras los dedos de Malón continuaban oprimiendo el mimbre, rematando una elegante canastilla, me refirió con su voz tranquila, que sólo temblaba ligeramente á veces, cuántos hombres habían sido fusilados por las tropas versallesas, en la suposición de que eran Pindy, Varlin, él mismo, ó algún otro jefe. Me contó lo que sabía sobre la muerte de Varlin — el encuadernador á quien tanto querían los trabajadores de París —, la del antiguo revolucionario Delescluze, quien no quiso sobrevivir á esa nueva derrota, y las de otros muchos, relatándome los ho-

rreros que presencié durante el Carnaval sangriento con que las clases acomodadas de París celebraron su vuelta á la capital, y que despertó el espíritu de represalia en una parte de la multitud, dirigida por Raoul Rigault, la cual fusiló á los rehenes de la Commune.

Sus labios se agitaban convulsivamente al hablar del heroísmo de los niños, conmoviéndose bastante al referirme la historia de aquel muchacho á quien las tropas de Versalles estaban á punto de fusilar, y que pidió permiso al oficial para ir á entregar un reloj de plata á su madre, que vivía allí cerca. El militar movido por un impulso de piedad lo dejó ir, esperando probablemente que jamás volvería; pero un cuarto de hora después retornó la criatura, y ocupando su lugar entre los cadáveres que se hallaban al pie del muro, dijo: « ¡Estoy listo! » poniendo las balas término á su infantil existencia.

Creo que nunca he sufrido tanto, como cuando leí ese libro terrible, titulado *Le Livre Rouge de la Justice Rurale*, que no contenía más que extractos de las cartas de los corresponsales del *Standard*, el *Daily Telegraph* y *The Times*, escritas desde París durante los últimos días de Mayo del 71, relatando los horrores cometidos por el ejército versallés á las órdenes de Gallifet, con algunos recortes del *Figaro*, de París, en los que rebosaba una sed de sangre popular. La lectura de esas páginas me produjo una profunda desesperación respecto al porvenir de la humanidad, y en ella hubiera persistido, á no haber hallado después entre aquellos de los vencidos que habían sobrevivido á tantos horrores, esa falta de odio, esa confianza en el triunfo final de sus ideas, esa tranquila aunque triste mirada dirigida hacia el porvenir, y esa predisposición á olvidar los espantosos ensueños del pasado, que tanto llaman la atención en Malón, y puede decirse que en todos los emigrados de la Commune que encontré en Ginebra y que aún veo en Luisa Michel, Lefrancís, Eliseo Reclus y otros amigos.

De Neuchatel fuí á Sonvilliers. En un pequeño valle de la sierra del Jura hay una sucesión de pequeñas poblaciones y aldeas, cuyos habitantes, que hablaban el francés, se veían en aquella época ocupados por completo en las varias ramas de la industria relojera; trabajando familias enteras en pequeños talleres. En una de ellas encontré otro de los jefes, llamado Adhemar Schmitzguébel, con quien también contraí íntimas relaciones. Cuando lo vi por primera vez, estaba sentado en compañía de unos doce jóvenes, que grababan cajas de relojes de oro y plata; me invitaron á tomar asiento en un banco ó sobre una mesa, y pronto nos vimos todos enredados en una animada conversación sobre socialismo, gobierno ó no gobierno y los congresos próximos.

A la noche se desencadenó una furiosa tempestad de nieve que nos cegaba y helaba la sangre en nuestras venas en la penosa marcha á la inmediata población; á pesar de lo cual, como unos cincuenta constructores de relojes, en su mayoría gente de edad, vinieron de los pueblos y aldeas inmediatos — algunos hasta de más de diez kilómetros de distancia — para asistir á una pequeña asamblea sin importancia que debía tener lugar aquella noche.

La organización del oficio de relojero, que permite á los operarios que se conozcan á fondo y puedan trabajar en sus mismas casas, donde siempre se habla libremente, explica por qué el nivel del desarrollo in-